

geoPlaneta  NÓMADAS

# EL MUNDO EN MOTO

CON CHARLY  
SINEWAN



CARLOS GARCÍA PORTAL



**EL MUNDO  
EN MOTO  
CON CHARLY  
SINEWAN**

---

**CARLOS GARCÍA PORTAL**

---

# SUMARIO

Advertencias y agradecimientos	7	Pasaporte	59
<b>Capítulo 1. Los primeros miedos</b>	<b>12</b>	Visados	60
El miedo ajeno	14	Cartilla de vacunación	62
El miedo a lo desconocido	14	Documentación de la moto	62
El miedo a las personas	16	Permiso internacional para conducir	64
El miedo a los medios	17	Seguro de motocicleta y Carta Verde	64
El miedo al cambio	19	Permiso de Importación Temporal	67
<b>Capítulo 2. Preguntas obligadas</b>	<b>22</b>	Parábola: <i>El comer y el casar, a gusto; el vestir y el calzar, al uso</i>	68
¿Por qué?	26	<b>Capítulo 5. Una moto para un gran viaje</b>	<b>70</b>
¿Cuándo y cuánto?	26	Relato: <i>Varadero a tus zapatos</i>	72
¿Con quién?	27	¿Qué es un gran viaje?	78
El viajero solitario	27	La mejor moto para ti	78
Dos personas en una moto	28	Tipos de moto	79
Dos moteros y dos motos	28	Factores a tener en cuenta	80
Viajar en grupo	29	Precio	81
¿Hacia dónde?	29	Fiabilidad y mecánica	81
Parábola: <i>A veces, mejor solo que mal acompañado</i>	30	Peso, potencia y capacidad de carga	83
<b>Capítulo 3. Dibuja tu viaje</b>	<b>32</b>	Otros factores a tener en cuenta	83
Relato: <i>El Guionista</i>	34	La moto que eligieron otros viajeros	84
Las rutas moteras más populares	39	Cachivaches y caprichos	84
Elige tu propia motoaventura	39	Almacenamiento	85
Los taponos míticos	42	Protección y mejoras para tu moto	90
Facturar la moto	44	La seguridad de la moto	92
Viajar en carguero	45	La salud de tu moto	93
La ruta en detalle	45	Arreglar un pinchazo	93
Herramientas para no perderse	46	Limpiar o cambiar el filtro de aire	93
Mapas	46	Tensar la cadena	94
Navegador GPS	47	Cambiar las pastillas de freno	94
Móviles inteligentes con receptor GPS	47	Cambiar una cubierta	94
Brújula	47	Comprobar niveles de líquidos	95
Parábola: <i>Preguntando se va a Roma, pero cuidado por dónde</i>	48	Cambiar aceite y filtro	95
<b>Capítulo 4. El papel de los papeles</b>	<b>50</b>	Cambiar bombillas	95
Relato: <i>Deportado en Uzbekistán</i>	52	Cambiar fusibles	95
		Conocer tu moto	95
		Herramientas	95
		Parábola: <i>Los problemas son una forma que tiene el camino</i>	96

<b>Capítulo 6. Cariño, estoy bien</b>	<b>98</b>
Relato: <i>Mejor, imposible</i>	100
Seguro médico	106
Salud	107
Vacuna	108
Prevención	109
Deshidratación	110
Botiquín	111
Formación	112
Listado de teléfonos e información importante	112
Dinero en efectivo	113
'Gadgets' para estar tranquilo	113
Baliza satélite	113
SOS en moto	114
Tracking moto	114
Aplicaciones para 'smartphone'	114
¿Qué pasa si tengo un accidente?	114
Parábola: <i>Hombre precavido vale por treinta, o por quinientos.</i>	116
<b>Capítulo 7. El armario de la moto</b>	<b>118</b>
Relato: <i>La buena suerte</i>	120
'Camping'	125
Tienda de campaña	126
Hamaca	127
Saco de dormir	127
Saco sábana o sábana	127
Colchoneta	127
Silla	127
Mosquitera	128
Suelo y toldo	128
Ducha	128
Cuerda	128
Mechero y cerillas	128
Cocina y comida	128
Herramientas	130
Recambios	132
Equipamiento motorista	132
Casco	132
Traje de moto	133
Guantes	134
Botas	134
Ropa de calle	135
Neceser	136
Electrónica	136
Cosas imprescindibles que nunca uso	137
Parábola: <i>El adaptador</i>	138

<b>Capítulo 8. ¿Y esto cómo se paga?</b>	<b>142</b>
Relato: <i>El show de Truman</i>	144
¿Cuánto cuesta viajar por el mundo en moto?	149
La ruta	149
Tipo de viaje	150
Gasolina	151
Visados	151
Seguro médico	151
Permiso de exportación temporal	151
Moto, accesorios, herramientas y mantenimiento	151
Transportes	152
Equipamiento	153
Turistear	153
Formación	154
Imprevistos	154
¿Cómo llevar el dinero?	154
Tarjetas de crédito o débito	155
Dinero en efectivo	155
Cheques de viaje	156
Cambiar dinero	156
Recibir dinero	156
¿Cómo pagar el viaje?	157
Trabajar para terceros	157
Trabajar para uno mismo	158
Vivir de tu propio contenido del viaje	158
Parábola: <i>El camino se hace al andar</i>	160
<b>Capítulo 9. 'On the road'</b>	<b>162</b>
Relato: <i>El gran cambio</i>	164
De aventuras y retos	171
De malos y buenos caminos	172
De protegerte en el camino	172
De hoteles, casas y otras camas	174
De acampadas y escondrijos	175
Del comer y del beber	177
De gasolinas y gasolineras	178
De tramos peligrosos	179
De cruzar fronteras	179
De lidiar con corruptos	181
De internet y otros menesteres para estar conectado	182
De comunicarte con los lugareños	182
De gentes tóxicas y reacciones tajantes	183
De la gestión de los afectos	184
Parábola: <i>Durmiendo con tu enemigo</i>	186



<b>Capítulo 10. Compartir el viaje</b>	<b>190</b>	<b>Capítulo 12. Veintiuna cosas que se me pasan por la cabeza</b>	<b>230</b>
Relato: <i>El poder del Egoprofeno</i>	192	1. No me sigas, estoy perdido	232
Razones para documentar un viaje	198	2. Persigue tus sueños o quédate en casa tan a gusto	232
Lenguajes para compartir un viaje	198	3. Paciencia, el superpoder viajero	233
Fotografía	198	4. Confiar en tu instinto	233
Escritura	199	5. No te fíes de las personas con las ideas claras	233
Vídeo	200	6. Lidiar con las contradicciones	233
Podcast	201	7. Puedes conseguir lo que te propongas, pero tampoco te flipes mucho	234
¿Cómo llegar a los demás?	201	8. Haz el favor de pedir ayuda	234
Monetizar tu contenido	202	9. Lo que proyectas, lo que recibes	234
Fotografía	202	10. Leer viajando	235
Escritura	202	11. ¿Viajero o turista? Siguiendo cuestión	235
Vídeo	203	12. El día que me tocó la lotería	235
Embajadores de marca o ese término que tanto aborrezco: <i>influencers</i>	204	13. Prescindir de lo accesorio	235
Contenido exclusivo	206	14. Esas cosas que en tu casa no harías	236
Micromecenazgo	206	15. Los viajes solidarios para conseguir seguidores	237
<i>Merchandising</i>	206	16. El niño que dejó de trabajar gracias a tu solidaridad	237
Conferencias	206	17. «Desafío», «Operación» y otros titulares engañosos	237
El dossier y otras formas de presentarte	207	18. El viajero como embajador	238
Dossier	207	19. La inmediatez envejece fatal	238
Vídeo	207	20. Regresar de un gran viaje	238
En persona	207	21. Los últimos paraísos	239
El talento de ser perseverante	207		
Parábola: <i>Todos a una</i>	208	El autor	240
<b>Capítulo 11. En femenino</b>	<b>212</b>		
Gemma Parellada: <i>Un oficio, una tierra y una aliada</i>	215		
Lois Pryce: <i>Ventajas y obstáculos de viajar sola siendo mujer motera</i>	220		
Guada Araoz: <i>Sola y en moto</i>	225		





01

---

LOS  
PRIMEROS  
MIEDOS

---

# LOS PRIMEROS MIEDOS



## El miedo ajeno *Madrid, febrero de 1995*

En mi casa las motos siempre estuvieron prohibidas. Con solo mencionarlas, se helaba el ambiente y durante unos incómodos segundos nos invadía la melancolía. En los años ochenta, mis tíos habían sufrido un accidente muy grave y, casi quince años después, la herida seguía abierta.

Pero a los dieciséis años mis amigos ya tenían moto, y a mí me tocaba ir en el asiento de atrás o cambiar de pandilla. Eso intentaba explicarle a mi madre, que siempre solía estar despierta, de guardia, cuando yo regresaba a casa por las noches y la ropa me olía a gasolina.

Con diecinueve años ya era económicamente independiente y pude comprarme una Yamaha SR 250 Special de segunda o tercera mano. Mi madre no tuvo más remedio que asumir que le había salido un hijo motero. Y la cosa siempre fue a más. Poco después de tener mi flamante SR, me presenté al examen para sacarme el carné de moto. En aquella época vivía en Móstoles, no muy lejos de la Dirección General de Tráfico, así que fui a examinarme conduciendo mi propia moto y sin casco: esas cosas que se hacían en los años noventa. Aprobé a la primera.

A los pocos días, pasé a recoger a mi amiga Carol por su casa. Atamos con pulpos un macuto al colín, al que agarramos con cuerdas la tienda de campaña y los sacos de dormir y, ante la mirada incrédula de su madre, tomamos la carretera hacia Valencia. Desde allí costeamos

por pequeñas carreteras hasta Alicante, y unos días después regresamos a casa.

Aquellos cuatro días parecieron dos semanas. Nos llovió y nos hizo frío, pero también mucho calor. A ratos la temperatura fue perfecta, y a otros el viento casi nos sacaba de la carretera. Acampábamos cada tarde donde nos daba la gana. Comíamos cada día en ruta, bocadillos de atún o de sardinas, recostados al abrigo de cualquier sombra, mientras comentábamos entusiasmados todo lo que habíamos visto y sentido desde el interior de nuestros cascos. En ningún momento, ni siquiera conduciendo con frío y calado hasta los huesos, perdí la sonrisa.

Aquel viaje cambió mi vida para siempre. Desde entonces, solo soñaba con recorrer el mundo en moto.

## El miedo a lo desconocido *Marruecos, diciembre de 2004*

Para mis padres, que siempre fueron muy viajeros, los mapas de carreteras terminaban en los Pirineos por el norte y en Cádiz por el sur, no sé si por miedo a lo desconocido o simplemente por la pereza de enfrentarse a un idioma distinto. Cada mes de agosto enganchábamos la caravana al coche y nos convertíamos en nómadas penin-

---

Aquí empezó todo. Primera foto, primer viaje. La fotógrafa es mi amiga Carol. En algún lugar de la costa valenciana, marzo de 1994.



sulares. Muchos años por el norte, otros por el este y algunos por el sur, sin cruzar jamás una frontera que no fuera la de Portugal. Y esa casi que no cuenta.

Para mi generación era diferente. Antes de cumplir los treinta yo ya había volado a casi todos los continentes, viajado por países lejanos con la mochila a la espalda, a veces solo, y recorrido toda España en varias motos. De la SR pasé a una Vulcan 500, después a una K100 LT, luego compré una Vulcan 800 y, finalmente, una Varadero. Todas ellas elegidas para viajar, no para correr, puede que por miedo a un accidente, heredado en casa, o por aquel primer viaje con mi amiga Carol, que me dejó bien marcado.

Sin embargo, pese a haber llegado muy lejos en avión, seguía utilizando los mapas de carreteras de mis padres y nunca había salido de España en moto.

El invierno de 2005 fue el más cálido que recuerdo. A mediados de diciembre todavía no había nevado y todas las estaciones de esquí estaban cerradas. El ensordecedor murmullo de las Navida-

des se acercaba, esos días en los que Madrid se llenaba de luces artificiales y el centro, donde yo vivía, era invadido por miles de tarjetas de crédito. Al igual que cada año, había que escapar, pero como no había nieve, le propuse a mi amigo Sergio que nos fuéramos a Marruecos en mi Honda Varadero.

El 25 de diciembre nos metimos en un ferri, desde Algeciras hasta Tánger, con el hormigueo en el estómago que provoca el vértigo a lo desconocido. Los dos éramos muy viajeros, pero tanto el escenario como el hecho de atravesarlo en moto eran algo nuevo para ambos. En realidad, da igual si viajas mucho o poco: siempre es inevitable que el ruido de los medios y de los portadores de malas noticias te afecte, o que al menos te haga estar alerta.

«Es inevitable que el ruido de los medios y de los portadores de malas noticias te afecte, o que al menos te haga estar alerta.»



En las raras ocasiones en que un turista español es agredido en algún lugar remoto, la noticia acaba ocupando la portada de todos los periódicos. Una noche sales de fiesta y el típico colega agorero, al enterarse de que te vas a Marruecos en moto, te cuenta que al conocido de un amigo suyo le pusieron hachís en un calcetín y pasó cuatro años—o cuatro días, no se acuerda bien— en una cárcel marroquí.

Cuando desembarcamos en el puerto de Tánger, los funcionarios intentaron tangarnos un par de veces. Unos kilómetros después, fuera de la zona turística, paramos a recolocar el equipaje y un tipo se nos acercó curioso. No quería nada de nosotros, tan solo saber si necesitábamos ayuda. Más tarde, camino de Marrakech, un agente uniformado, con una especie de tomavistas Super8 en la mano izquierda, nos echó el alto con la derecha. «Iban ustedes muy rápido», dijo, mientras nos mostraba la velocidad a la que supuestamente circulábamos en la pantalla de su chisme recaudador. Allí, parados en un lateral de una autopista marroquí, negociando con un policía corrupto, se fueron diluyendo gran parte de nuestros miedos a lo desconocido por una razón muy sencilla: empezábamos a conocer la realidad.

## El miedo a las personas Oklahoma, noviembre de 2016

En el invierno de 2016 estaba recorriendo EE UU, disfrutando mucho de la parte motera y acampando día sí día también para evitar la bancarrota, pero cada mañana la moto aparecía más helada y el termómetro iba en descenso. Una tarde, acampado en un parque natural llamado Little Sahara, decidí ir al pueblo para poner una lavadora, comprar comida y buscar algo de leña que me permitiera pasar la noche en el *camping*.

En la lavandería, me acerqué a un tipo y le pregunté si sabía dónde podía comprar leña. Me dijo que no tenía ni idea, pero que él tenía de sobra y me invitó a que lo acompañara. Su aspecto era sucio y dejado, cojeaba ligeramente encorvado y envolvía su cuerpo en un abrigo de



©IRAN TORRES

Moto cargada en piragua de incierta seguridad. Madagascar, julio de 2014.

pañó viejo en el que debía de haber una fiesta de ácaros. Nos metimos en su *pick-up* y me llevé a su casa. Por el camino charlamos. El hombre, cuyo nombre no recuerdo, apenas salía de casa para comprar algo de comida y lavar la ropa una vez al mes. Por su aspecto, me temo que se le solía olvidar comprar champú. Me contaba que la espalda lo estaba matando y que sobrevivía sin trabajo y sin seguro, después de veinte años dedicado a la industria del petróleo. Había votado a Trump porque le parecía un mal menor ante el temor de que llegara otra Clinton. Su único mundo giraba en torno a lo que veía en la televisión. Me alertó sobre la gente y sobre el peligro de viajar solo en estos tiempos. Al llegar a su casa, una especie de museo del síndrome de Diógenes, seguí su tétrico caminar hasta un chiscón donde perfectamente podría haberme matado y descuartizado, y donde nunca nadie me habría encontrado. En lugar de eso, optó por llenar un cubo de leña y no cobrarme nada por ello, lo que evitó que yo muriera congelado en Oklahoma aquella noche.

Cuando imaginamos por primera vez un viaje lejano y nos invaden los miedos, los solemos visualizar como personas que nos van a robar, secuestrar, violar, matar o descuartizar. Sin embargo, cuando viajas tanto, acabas descubriendo que en realidad es al contrario: que la mayoría de las veces, la gente aparece en tu camino para protegerte.

«Cuando viajas tanto, acabas descubriendo que la mayoría de las veces la gente aparece en tu camino para protegerte.»

Un par de años antes, en febrero de 2015, viajaba con mi amiga y periodista Gemma Parellada. Pretendíamos llegar al punto más al sur de Madagascar y el camino, como tal, había dejado de existir tras el paso de las lluvias. Llevábamos varias semanas sin ver asfalto y cada día se convertía en una pequeña odisea. Una mañana amanecimos en Androka, un pueblo pesquero en el que, entre otras muchas cosas, unas monjas nos vendieron gasolina para conseguir avanzar noventa kilómetros. El destino siguiente era una pequeña ciudad llamada Ampanihy, y nuestro mayor temor era un tramo de más de cuarenta kilómetros en los que no había absolutamente nada, ni pueblos ni, por tanto, personas que pudieran ayudarnos en caso de problemas.

No recuerdo un día más duro en toda mi vida. Las lluvias torrenciales habían destrozado la pista y nos vimos atrapados en un laberinto de senderos que en muchas ocasiones se convertían en trampas mortales para mi moto de casi trescientos kilos, que se quedaba enganchada una y otra vez. Todo ello a treinta y cinco grados, rodeados de una horda de moscas cojoneras y sin apenas sombras donde descansar.

A la enésima vez que intenté sacar la moto de un agujero, reventé. Me entró lo que en términos ciclistas se llama «pájara». El cuerpo desconectó de la cabeza. Dejé de tener energías, hasta el punto de que me costaba moverme, como si la fuerza de la gravedad se hubiera triplicado. A toda esta agonía se unió una fatiga constante, casi crónica. Me tumbé jadeando a la sombra de un matojo, me cubrí la cara con un pañuelo para evitar que las moscas se me merendaran y cerré los ojos ante la mirada preocupada de Gemma.

No creo que hubiéramos muerto aquel día, ni mucho menos, pero se me pasó por la cabeza dejar allí las motos con nuestras pertenencias e ir a pie a buscar ayuda. Por fortuna no hizo falta: de la nada aparecieron unos pastores nómadas,

personas extremadamente humildes que, en lugar de descuartizarnos y quedarse con nuestras codiciables posesiones, no dudaron ni un segundo en ponerse manos a la obra y sacarnos de aquel atolladero.

En los tramos más complicados de un viaje en moto no temas a las personas, sino su ausencia.

## El miedo a los medios Madrid, junio de 2009

Había decidido congelar mi vida seis meses para viajar en moto desde España hasta Australia, el que pensaba que sería el gran viaje de mi vida. Un periodo sabático para poner un parche a la nostalgia de no haberlo dejarlo todo y haberme dedicado a lo que siempre deseé: errar por el mundo sobre dos ruedas sin billete de vuelta. En poco más de dos meses, me vería surcando el mundo sobre mi moto y en aquel momento estaba sumergido en la preparación del viaje.

Debían de ser las dos de la mañana. Había dejado mi casa de alquiler y vivía en la de mi futura exnovia. Ella dormía y yo tecleaba, sentado en la mesa del salón, con todo apagado y en total silencio para no molestar, iluminado únicamente por la pantalla parpadeante del portátil.

De los treinta y tantos mil kilómetros que me esperaban hasta Sídney, me obsesionaban

17

---

Moto aparcada dentro del comedor del hotel, como medida de seguridad. Indonesia, febrero de 2010.





especialmente seiscientos, una línea recta a través del desierto en Pakistán que ampliaba y exploraba una y otra vez en Google Maps. Buscaba algo, lo que fuera, que calmara mi miedo a encontrarme de bruces con unos señores en un *jeep* descapotable, con la cabeza envuelta en turbantes rojos y armados hasta los dientes con Kalashnikovs. Entonces, se me ocurrió la feliz idea de teclear en Google «secuestro Pakistán». El ordenador se quedó pensando unas

interminables décimas de segundo hasta que, de repente, en medio del silencio de la noche, me pareció como si alguien me gritara al oído el titular que estaba leyendo en ese momento: «Turista francés secuestrado cerca de Queta, en Pakistán».

Unos meses después, y tras los primeros cuarenta y cinco días de viaje, alcanzaba mi decimotercera frontera y entraba en la India. Había superado lo que *a priori* se suponía más difícil del viaje, los temidos Irán y Pakistán, y no solo no me había ocurrido nada malo, sino que, por primera vez en mi vida, había sentido la absoluta certeza de estar siempre en el sitio correcto

---

Sacando la moto de un barrizal con la ayuda de varios anónimos lugareños. Madagascar, marzo de 2015.





sin el menor atisbo de duda. Me había sentido pleno, había acampado en comisarías de policía, sido escoltado por el ejército, comido en puestos callejeros con las manos negras, charlado con amables y anónimas gentes, y centrado en mi objetivo de avanzar.

«No solo no me había ocurrido nada malo, sino que, por primera vez en mi vida, había sentido la absoluta certeza de estar siempre en el sitio correcto.»

De repente, me vi circulando con mi propia moto por la India, a quince mil kilómetros de mi casa, más sano y salvo que nunca, y con una sonrisa plena como pocas veces recordaba. Sin saberlo todavía, acababa de encontrarme conmigo mismo y un nuevo miedo, mucho más poderoso que el anterior, había comenzado a germinar en mi cabeza: el miedo a cambiar de vida.

---

Cataratas Victoria, septiembre de 2013.

## El miedo al cambio

### Cataratas Victoria, septiembre de 2013

El día que llegué a las cataratas Victoria tenía la espalda reventada. Llevaba varias jornadas levantando la moto una y otra vez en las espesas arenas de Botsuana, así que necesitaba parar para descansar y recuperarme, pero, sobre todo, para tomar la decisión más importante de mi vida.

Me dedicaba al negocio inmobiliario desde 1999. En 2003 había montado mi propia empresa y, aunque no me había forrado como otros muchos, mi vida en Madrid no estaba nada mal: tenía una buena casa de alquiler, muchos amigos y una furgoneta con la que siempre que podía me escapaba al sur a practicar *kitesurf* o al norte a hacer *snowboard*. Me iba bien, pero no me sentía pleno, por eso en 2009 decidí parar esa vida unos meses y cumplir el sueño, aunque fuera parcialmente, de viajar en moto desde España hasta Australia.

De aquel viaje regresé en mayo de 2010 con la cabeza dada la vuelta. Empecé entonces a lidiar con una doble vida, a atender mal mi empresa en Madrid y flirtear con la vida que soñaba, haciendo viajes en moto por África que duraban

19



el tiempo máximo, justo antes de que mis socios y mi pareja me echaran demasiado de menos. Ni estaba allí, ni tampoco aquí.

La situación se hizo cada vez más insostenible y mi vida, como el agua que gira cada vez más rápido al caer por un embudo, se dirigía vertiginosa hacia una decisión: o aparcaba la vida nómada para siempre y regresaba a los treinta días de vacaciones, o daba un golpe seco sobre la mesa y cambiaba de vida. Tenía treinta y ocho años y mucho miedo a lo desconocido, a la incertidumbre que suponía dejarlo todo para empezar una nueva vida desde cero.

Un día, paseando a solas por las cataratas Victoria, en Zimbabue, observé hipnotizado cómo millones de litros de agua corrían nerviosos por el río Zambeze hasta precipitarse ciento cincuenta metros al vacío, generando un ruido ensordecedor que me aislaba de todo lo demás y me permitía centrarme en mi mayor preocupación en aquel momento. Tenía que elegir, y por tanto, renunciar, y en ese momento terminé de verlo claro. Si no lo intentaba, no me lo perdonaría nunca. Decidí salirme del cauce y arriesgarme a vivir más.

Aquello fue en 2013 y nunca me he arrepentido. Los miedos desaparecieron el mismo día en que opté por hacer lo que realmente deseaba, que era dedicar mi vida a viajar en moto por el mundo. «¿Y de qué viviría?», me preguntaba muchas veces antes de tomar la decisión. La respuesta, como casi siempre, estaba en el camino, tan solo había que empezar a avanzar y abrir bien los ojos.

**«Los miedos desaparecieron el mismodía en que opté por hacer lo que realmente deseaba, que era dedicarme a viajar en moto por el mundo.»**

Desde entonces me dedico profesionalmente a viajar en moto por el mundo y a compartirlo con miles de personas. No ha sido fácil, pero he conseguido ser autosuficiente a base de patrocinios, dando conferencias o haciendo campañas



©GÉVIA PAREJADA

publicitarias en internet. He atravesado medio mundo en moto, y hasta la fecha no tengo ninguna experiencia realmente mala que contar.

Cuando GeoPlaneta me propuso escribir este libro, sinceramente, sentí un poco de vértigo. Sin embargo, no pude negarme. Llevo veinticinco años viajando en moto y los últimos diez ha sido casi mi única ocupación. Desde 2013 soy nómada, paso dos tercios del año viajando por el mundo y el resto del tiempo suelo alquilar una habitación en Madrid, o en Tarifa, como ahora, para seguir creando contenidos sobre el tema. No soy escritor, pero habría sido una pena que el miedo me hubiera impedido compartir todo lo que he aprendido estos años.

Por eso pensé que lo mejor era comenzar hablando de los miedos, de los míos y también de los tuyos, porque estoy seguro de que en algunas partes de este relato te verás reflejado. A todos nos toca lidiar con los miedos, con los propios y con los que nos rodean, pero también nos ayudan a protegernos y a dar más valor a las decisiones cruciales de nuestras vidas. Lo único importante es que no nos paralicen, ni nos impidan tomar el camino correcto. ¿Nos vamos de viaje?

Arriba: Atardecer sin filtros. Madagascar, marzo de 2015.

Dcha.: Camino de Australia sin guardabarros tras un golpe frontal. Laos, diciembre de 2009.



